



Excmo. Ayuntamiento de Benalmádena
Delegación de Educación

Arroyo de la Miel

Sig.: BEN 82-3 FAR mec

Tit.: La Mecedora de mi abuela .:

Aut.: Farulla Prieto, Eloisa

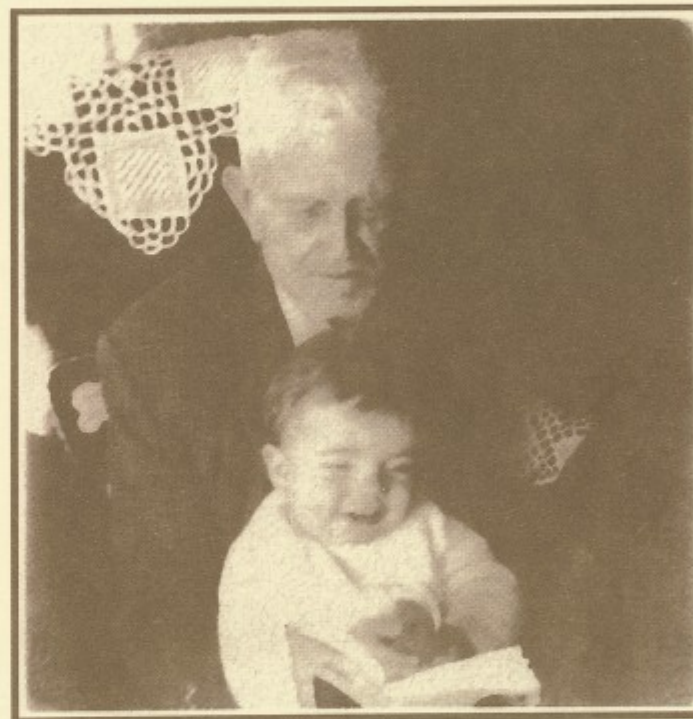
Cód.: 1001913154 R.36883 FL



BEN
82-3
FAR
mec

La mecedora de mi abuela

Eloísa Farulla Prieto



XI CERTAMEN LITERARIO DE BENALMÁDENA
"VIGÍA DE LA COSTA"
Primer Premio 2007

Prólogo del relato "La mecedora de mi abuela"

"La mecedora de mi abuela"

Eloísa Farulla Prieto



R. 36883

Excmo. Ayuntamiento de Benalmádena
2007

"La mecedora de mi abuela"

Elvira Larrea Pardo



R-34883

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de informática o transmitida de cualquier forma o por cualquier método, electrónico, mecánico, fotocopia, grabaciones u otros medios sin previo y expreso permiso del propietario del Copyright.

Primera edición: 19 de MARZO de 2007
Impreso en: Gráficas Campos. S.A.

Prólogo del relato "La mecedora de mi abuela"

Siempre he creído que sumergirse en la lectura, es de algún modo, viajar al más recóndito mundo de los sueños. Unos sueños de los que nunca somos autores. Escribir para un autor, por lo tanto, más que una decisión consciente, se convierte en la mayoría de los casos, en una necesidad vital.

Este pequeño relato, contiene querido lector, los ingredientes necesarios para ser considerado una gran obra literaria. Enamora, emociona y conmueve. No sólo se lee de un tirón porque sea corto, sino porque captura el interés del lector y lo envuelve en un delicado lenguaje muy trabajado y hermoso.

Nuestra autora, recrea desde su personal instinto creativo, la historia de una joven que se siente atraída por una antigua mecedora expuesta en un escaparate. A partir de ese momento, en el particular mundo de la protagonista, se entremezclan su realidad vivida y la fantasía soñada. Circunstancias y personajes, en rápida sucesión, aparecen y se diluyen por entre los pensamientos de una joven, a la que dicha mecedora, le hace recordar una vida que tenía perdida, aunque no olvidada.

Estoy seguro de que la autora de este relato - a la que quiero desde que era niña - el escribir supone la posibilidad de hacer posible lo soñado. Una obra literaria, siempre tiene algo de experiencia vivida, y de sueños no alcanzados. También ésta. Por eso la obra es tan íntima y emocionante. Tan hermosa y sensible. Tal como es Eloísa.

Manuel Molina Gálvez

Málaga, 9 de febrero de 2007

LA MECEDORA DE MI ABUELA

Aquella tarde, mientras caminaba deprisa sorteando los charcos que se formaban en la acera, eché de menos las katiuskas rojas de mi infancia y su brillante impermeabilidad. El cielo seguía llorando sobre la ciudad gris y por más que aligeraba mis pasos, saltando casi de puntillas y sin paraguas, estaba claro que no iba a evitar acabar hecha una sopa.

Me detuve al comprender lo absurdo de mi comportamiento e incluso me sonrojé al pensar que alguien me estuviese observando, algo poco probable, puesto que cuando nos sorprende la lluvia, la mayoría andamos mirando al suelo y a nuestros inapropiados zapatos para la ocasión. Y es que, salvo a los niños, a mi profesora de griego del bachillerato, personaje pintoresco donde los haya, y a los pescadores cuando realizan su labor, a nadie en esta ciudad se le ocurre ir con katiuskas.

Y mientras añoraba aquellas botitas de agua rojas, desde el escaparate de la tienda de muebles usados frente a la que me había detenido, una mecedora desconchada atrajo toda mi atención.

Mi pelo goteaba sobre la ropa empapada, el frío me hacía tiritar, y sin poder apartar la vista de aquella vieja mecedora, me sentí arrastrada por sensaciones e imágenes que quién sabe de que ocultos recovecos de mi inconsciente habrían brotado.

Me vi a mí misma siendo una niña sentada allí, con un libro en las manos y mis pies sin tocar el suelo. Imaginé aquella misma mecedora junto a la ventana, en el dormitorio de mi abuela. No era muy antigua, quizá de los años sesenta, lacada en blanco y tapizada en pana fina azul-celeste. Sobre el respaldo reposaba un pañito de croché primorosamente tejido por ella.



Recordé como invariablemente, cual protocolo de cirujano o ritual mágico, mi abuela se lavaba las manos antes de tejer, y al terminar, lo envolvía todo con un trozo de tela cortado de alguna sábana vieja. A veces daba la impresión de que la labor terminada era incluso más blanca que el ovillo que había usado, y a mí me gustaba pensar que aquello era el fruto de un misterioso don que poseían sus manos. Unas manos ancianas, desfiguradas por la artrosis y de tacto frío, pero que se volvían cálidas para acariciar y que a mí siempre me parecieron admirables, como ella.

Era una mujer que se mantenía continuamente activa a pesar de su edad, del cansancio, del dolor de sus articulaciones gastadas y de aquella enfermedad de los huesos cuyo nombre nunca quiso pronunciar.

En las pocas ocasiones en las que se sentaba en su mecedora hacía ganchillo, cosía algún dobladillo, remendaba nuestros calcetines o leía.

Aún recuerdo lo que le costó a mi madre convencerla de que debía llevar a encuadernar aquella vieja novela por entregas. Tenía las hojas amarillentas por lo antiguas, y mi abuela no quería ni sacarla del cajón para leerla por temor a que pudiera estropearse más de lo que ya estaba. La guardaba como un tesoro porque había sido de su hermano, aquel hermano mayor que renunció a casarse cuando ella enviudó durante la guerra y que le ayudó en todo lo que pudo con lo poco que ganaba y con todo su cariño. Nunca la abandonó, nunca la dejó sola, ni a ella ni a mi madre, a la que cuidó como a una hija.

El hermano mayor había vendido incluso sus libros para conseguir algo más de dinero. La huerta no daba para mucho y el sueldo de maestro menos aún, y mi abuela, que sabía lo mucho que significaban para él aquellos libros, en agradecimiento, le fue comprando a duras penas aquella novela por entregas.

Con el paso de los años los ojos azules del hermano mayor dejaron de ver, y algunas tardes, con la novela medio desmadejada entre las manos, le decía a mi abuela:

- Niña, ¿por qué no me lees un ratito?

Ella sonreía al oír a su hermano llamarle así, al fin y al cabo para él seguía siendo su hermana pequeña, aunque rozara los setenta.

Le leyó casi cada tarde hasta ese día en el que él decidió irse a la cama más temprano que de costumbre, se sentía algo cansado, dio las buenas noches y se retiró a su habitación. Ya nunca más se despertó.

Mi abuela volvió a leer esa misma novela muchas veces y siempre levantaba los ojos llenos de lágrimas al terminar, repitiendo para sí misma, muy bajito:

-¡Qué bonita, qué bonita!

Lágrimas de añoranza de otros tiempos, como las que confundíendose con la lluvia, corrían por mis mejillas.



Seguí recordando como algunas tardes, mientras mis hermanos jugaban en nuestra habitación, le pedía a mi abuela que me dejase leer en su mecedora. Nunca me dijo que no, y mientras mi imaginación volaba por los mágicos mundos de aquellos libros infantiles, ella sólo abría la ventana, o me cubría con su mantita, o aparecía con un vaso de agua o unas galletas, adivinando siempre aquel pequeño detalle que hacía que ese momento dulce lo fuera aún más.

Yo sabía que no era muy amiga de que entrasen en su dormitorio, y mucho menos de que usaran su mecedora, y a mí, disfrutar de ese privilegio me hacía sentir muy especial.

Flotaba en aquella deliciosa sensación de plácida calidez cuando el contacto de una mano sobre mi hombro me devolvió a la realidad del momento presente.

- ¿Quiere usted pasar a la tienda, señorita? Se está empapando.

Obedientemente pasé al interior seguida por aquel anciano tan amable que cerró la puerta tras nosotros.

- Lleva usted un buen rato ahí parada, nadie se detiene tanto tiempo ante mi escaparate y mucho menos con esta lluvia.

Lo tomé como una pregunta y contesté que creía que esa mecedora había sido de mi abuela y que mi mente se había llenado de bonitos recuerdos al verla.

El anciano me ofreció una toalla limpia y un café recién hecho, y me invitó a acompañarle hasta que dejase de llover.

¿Por qué no? Pensé mirando sus ojos azules y su pelo blanco tan parecidos a los del hermano mayor.



Me miraba sonriendo y casi sin darme cuenta, como si estuviera en el diván de mi psicoanalista, le fui contando con todo detalle, todos aquellos recuerdos que salían de mi boca como los pañuelos que saca el mago de su chistera y van tirando unos de otros unidos entre sí, llenos de color y de magia.

Primero las historias de mi abuela, después sus cuentos, también sus sabios consejos, y por último le confesé lo mucho que deseaba poder encontrar la manera de volver a sentirme como cuando me sentaba en aquella mecedora con un libro entre las manos y los pies sin tocar el suelo.

Entonces el anciano me propuso un trato que no pude rechazar. Yo sólo tenía que darle mi dirección y él me enviaría la mecedora restaurada. Si se cumplía mi deseo, la mecedora sería mía, si no, tendría que devolverla. Respecto al pago lo dejaba a mi elección, me dijo que sólo yo podría ponerle precio y que él respetaría mi decisión.

El cielo de la ciudad cesó su llanto, debía marcharme. Anoté mis datos en un papel y me despedí, no sin antes agradecerle la tarde tan agradable que había pasado junto a él.

No volví a pensar en la mecedora hasta que la encontré en mi puerta con un paquetito y una nota que decía:

"Me he tomado la libertad de adjuntarle este pañito de croché que tejíó mi esposa para usted. Le conté la charla que tuvimos y quiso contribuir con este pequeño detalle en honor a su abuela. Esperamos que vuelva a disfrutar de los momentos dulces que tanto añora de su infancia."

Coloqué la mecedora junto a la ventana y el pañito sobre el respaldo. Pensé en mi abuela y en aquella vieja novela por entregas. Tantos años junto al resto de mis libros y aún no la había leído.

La cogí con cuidado y, con ella entre mis manos, me senté en la mecedora sin dejar que mis pies tocasen el suelo.

El placer de la lectura me atrapó por completo durante horas, hasta que al pasar una página, una carta manuscrita con letra temblorosa se deslizó entre mis dedos.

Estaba escrita por el hermano mayor y decía así:

“Querida hermana:

Sé que no te gusta oírme hablar de la proximidad de mi muerte, pero es importante para mí decirte esto. Pronto mis ojos dejarán de ver y seguramente ya no estaré aquí cuando tu nieta aprenda a leer. Tu hija le enseñará como yo le enseñé a ella, y estoy seguro que esa niña será una apasionada de la lectura y sabrá transmitir esa misma pasión a sus hijos como nuestro padre lo hizo con nosotros.

He visto su carita de felicidad cuando la tengo en mi regazo y le leo cuentos sentados en la mecedora.

Anoche durmió abrazada a su libro preferido y esta mañana volvió a traérmelo con sus pasitos inseguros y la mirada iluminada.

No quiero que sepa que ya apenas distingo las líneas y se lo recito casi de memoria mientras ella pasa las páginas entusiasmada.

Sólo te pido una cosa, niña, no dejes que ella pierda esa ilusión cuando yo no esté, y sé que tú sabrás como hacerlo.

Tu hermano
Ignacio”

Lloré como una niña pequeña, con la carta aún en mis manos y el dulce rostro del anciano de ojos azules y cabellos blancos en mi memoria, leyéndome incansablemente aquellos libros infantiles que tanto me gustaban.

Ahora esos libros, algo gastados por el uso y por el paso del tiempo, descansan en los estantes del dormitorio de mi hijo, esperando pacientemente el momento en el que él pueda alcanzarlos y traérmelos con sus pasitos inseguros, para que yo se los lea una y otra vez, incansablemente, mientras sonrío con los ojitos iluminados por la magia de la lectura.

Al día siguiente volvía a la tienda con el cheque preparado cuando empezó a llover de nuevo.

Estaba cerrada, miré en el interior a través del cristal de la puerta, pero no vi a nadie.

Me fijé en un chico sin paraguas que permanecía absorto mirando una caja de música del escaparate mientras la lluvia lo iba empapando y no pude evitar sonreír al pensar que ese era el aspecto que yo debía tener el día que entré en aquella tienda.

Decidí volver más tarde, pero entonces detrás de mí reconocí la voz del anciano dirigiéndose al chico sin paraguas:

- ¿Quiere usted pasar a la tienda, caballero? Se está empapando.



El muchacho entró sin mediar palabra mientras el anciano seguía diciendo:

- Quizá si oye la música de la caja pueda contarme que recuerdos le trae. A veces los sonidos como los objetos, los olores y también los sabores nos atrapan y nos hacen viajar a otros tiempos a través de los recuerdos...

Dejó de oírlo cuando cerró la puerta.

Sin que me viera, para no interrumpir aquel momento, deslicé bajo la puerta el cheque dentro de un sobre con un escueto "Gracias por no dejarme olvidar".



ACABOSE DE IMPRIMIR EL DÍA 19 DE MARZO
HASTA DE SAN JOSÉ, EN LOS TALLERES
DE GRÁFICAS CAMPOS, S.A.
ARROYO DE LA MIEL,
BENALMÁDENA

El muchacho entró sin mediar palabra, y como el anciano seguía
callado.

Entonces oye la música de la catedral y se acuerda que recuerdos
A veces los recuerdos como los objetos, los olores y también
los gustos nos atrapan y nos hacen viajar a otros tiempos a través
de los recuerdos...

Se dio de oído cuando cerró la puerta.

Se dio de oído cuando cerró la puerta, para no interrumpir aquel momento, deslicó
dentro el cheque dentro de un sobre con un escueto "Gracias
por acordarme de mí".

ACABOSE DE IMPRIMIR EL DÍA 19 DE MARZO,
FIESTA DE SAN JOSÉ, EN LOS TALLERES
DE GRÁFICAS CAMPOS, S.A.
ARROYO DE LA MIEL,
BENALMÁDENA